

# MITO

**Revista Bimestral de Cultura**

**AÑO I — Abril - Mayo 1955 — No. 1**

- MARQUÉS DE SADE . . . . . Diálogo entre un Sacerdote  
y un moribundo
- LEÓN DE GREIFF . . . . . Sonatina
- OCTAVIO PAZ . . . . . Refranes
- VICENTE ALEIXANDRE . . . . . Ausencia
- ST. JOHN PERSE . . . . . Vientos

PEDRO GÓMEZ VALDERRAMA

Consideración de Brujas y otras gentes engañosas



## NOTAS

LOS MANDARINES, de Simone de Beauvoir. BONJOUR TRISTESSE,  
de Françoise Sagan. LA HOJARASCA, de Gabriel García Márquez.  
TESTIGOS DE NUESTRO TIEMPO, de Fernando Arbeláez. MEMORIAS  
DE POCO TIEMPO, de José Manuel Caballero Bonald.  
NIDO DE RATAS — TRIGO JOVEN

## TESTIMONIOS

El Drama de las Cárceles en Colombia



# MITO: memoria y legado de una sensibilidad

R. H. MORENO DURÁN

Reproducciones: *Alberto Sierra Restrepo*

**E**VOCAR CON ENTUSIASMO los logros de una revista cultural es una forma de hacer autobiografía. Una forma descaradamente amable de entronizar el propio gusto y de afiliarse a una tradición con *pedigree*. La revista, por esta vía, deja de ser lo que sociológicamente significa —o debe significar— en el contexto cultural de una época y un país y accede a un rango nuevo y singular: a su valor *per se* cabe añadir otro aporte: lo que cuenta en la vida espiritual y artística del lector que la evoca y al cual ha cautivado. La revista adquiere entonces implicaciones antropológicas, en todo superiores a las meramente didácticas y formativas. Si es cierto eso de que el estilo es el hombre, hay estilos que sólo canalizan y concilian sus intereses a través de un tipo particular de revista, lo que de alguna forma constata la existencia de destinos unidos a la suerte de una publicación, y ese es el caso de Jorge Gaitán Durán y de un grupo de escritores, comúnmente designados en el panorama de las letras continentales bajo el nombre de Generación del Cincuenta.

En el caso de Mito, son diversas las razones por las cuales se cumple esta feliz conjunción de estilo y buen gusto estético. En el primer caso, porque Mito se instala en el corazón de un debate cultural que aún hoy perdura en Colombia, y en el segundo, porque algunos escritores de la generación a la que pertenezco, sin ser contemporáneos de la revista, reconocemos una filiación espiritual evidente con un hecho estético que en buena medida justifica nuestro trabajo al mismo tiempo que pasa a formar parte de nuestra identidad intelectual.

Pero vamos por partes. ¿Qué nos sugiere el título mismo de la revista? Pieza esencial del libro *Nuestro Laberinto* es la que Erich Kahler publica en 1946 bajo el registro “La persistencia del mito”. A la minuciosa evolución etimológica de *mythos*, Kahler agrega la plural significación cultural del término, desde la remota noche en que misterio y mito eran aspectos inseparables de un mismo origen. Y en esa larga tradición, nada más difícil que diferenciar el *epos* del *logos*: “*mythos* vino a ser la palabra para el sentido de relato más antiguo, primordial, de los orígenes del mundo, de la relación divina o la tradición sagrada, de los dioses y servidores y de la génesis del cosmos, la cosmogonía; y llegó a contrastar claramente con *epos*, la palabra como narración humana, y —a partir de los sofistas— la palabra como construcción racional. La maduración de la conciencia humana se refleja en el gran paso que va del *mythos* al *logos* [...]. Y a pesar de todo, *mythos* nunca cayó en desuso por causa de *logos*: ha persistido a través de los siglos hasta hoy...”. Sería gratificante comprobar que las palabras de Kahler presidieron de alguna forma los propósitos del fundador de la revista, ya que, por los menos, los diversos sentidos del noble vocablo aparecen unidos en la trayectoria de la publicación.

Mito fue una revista colombiana de aparición bimestral, con tiraje que oscilaba entre 1.000 y 1.500 ejemplares, y que entre abril y mayo de 1955 y mayo y junio de 1962 publicó 42 números y tres series de libros, al convertirse en editorial. Éstas, *grosso modo*, son las cifras de una publicación que, pese a su destino efímero, marca un hito en el reciente pasado cultural de Colombia y parte de América Latina. Sobre lo que supuso en el panorama del continente, merced a su calidad y trayectoria, se han escrito muchas cosas, por lo que, incidentalmente y por simple vía de ejemplo, no podemos pasar por alto aquí un célebre y temprano homenaje de Octavio Paz que figura en su libro *Puertas al campo*.

Cuando en los meses de abril y mayo de 1955 Mito publica su primer número, sorprende ya tanto por su ambicioso contenido como por la entidad intelectual de los componentes de sus *staff*: Jorge Gaitán Durán y Hernando Valencia Goelkel en la dirección y Vicente Aleixandre, Luis Cardoza y Aragón, Carlos Drummond de Andrade, León de Greiff, Octavio Paz y Alfonso Reyes en el comité patrocinador. Pero más allá de la nómina de colaboradores sorprendía también la poética explícita en la línea editorial de la primera entrega. Bajo la asumida certeza de que “las palabras están en situación”, los editorialistas ratifican el compromiso de publicar textos “en donde el lenguaje haya sido llevado a su máxima densidad o a su máxima tensión, más exactamente, en donde aparezca una *problemática* estética o una *problemática* humana”. Desde el número inaugural tales previsiones se cumplen y Mito concilia los hallazgos de orden cultural con una marcada preocupación por bucear en el orbe a menudo nada amable de lo social.

A lo largo de los 41 números siguientes, la inclusión de nuevos colaboradores dota a la revista de un prestigio sólo comparable al contenido de sus entregas. Entre el primero y el último número transcurrieron casi siete años y muchas cosas sucedieron en el ínterin por lo que Colombia y América Latina ya no eran las mismas. Mito vio la luz en plena dictadura de Gustavo Rojas Pinilla, en cuya “caída” tomó parte activa, testimonio de lo cual quedó patente en el número especial de cuatro páginas que publicó el 10 de mayo de 1957 y en el que Valencia Goelkel destacó el papel cumplido por los estudiantes de la Universidad Nacional, mártires y héroes de una jornada fundamental para la historia republicana del país. Mito vio nacer lo que eufemísticamente los juristas llaman un ejecutivo plural y que no es más que la simple junta militar de gobierno que sirvió de transición entre el antiguo régimen y el curioso hábito asumido por los dos partidos tradicionales de repartirse el poder sin crear recelos en el adversario, esa alternancia en el mando mejor conocida como Frente Nacional. Mito desapareció, coincidentalmente, al finalizar la primera entrega de tan llamativa forma de gobernar a plazos, cuando Alberto Lleras Camargo, un antiguo escritor que, merced a los gajes de la política patria, renunció a la escritura para acceder a la presidencia de la república, le cedió el puesto a Guillermo León Valencia, hijo de un poeta parnasiano que, pese a sus esfuerzos, no alcanzó a ser presidente.

Si la revista adquiere caracteres de filiación antropológica, tal filiación se cumplió, desgraciadamente, con la desaparición física de su director, lo que precipitó la muerte de Mito. Y la verdad es que la muerte de Gaitán Durán, dentro de los detalles de una impresionante tragedia aérea, no pudo ser más expresiva: el día del solsticio de verano de 1962, bajo el cálido cielo del Caribe, en Pointe-à-Pitre, los restos calcinados de Gaitán Durán parecían ilustrar un destino que su propia, hermosa y premonitoria voz ya había advertido: “Colo-

cadme en la ruta de los vientos marinos / para tener la exacta certeza del olvido...”. Estos versos los había escrito Gaitán Durán en su libro inaugural *Insistencia en la tristeza*, en 1946, tres lustros antes de su desaparición, también entrevista en unas palabras que le devuelven al poeta el don del vaticinio: “El regreso para morir es grande / (lo dijo con su aventura el rey de Itaca)”.

Ahora bien, en lo que respecta al papel sociológico desempeñado por Mito cabe destacar un par de hechos incuestionables: de un lado, lo que significó el diálogo y la crítica promovidos en el contexto cultural de un país aletargado por la sordidez de la Violencia y por la no escondida voluntad estupefaciente de los suplementos literarios de los periódicos de toda la vida, y, de otro, por el interés que la realidad social mereció en la consideración de sus colaboradores. Ya en su primer número la revista dedica un destacado espacio a “El drama de las cárceles en Colombia” y en números posteriores se publicaron también informes sobre la administración de justicia, sobre la sexualidad a tenor del Informe Kinsey, sobre la prostitución, aunque más de un detractor pensó que la pregunta —y probablemente enviada— erotomanía de Gaitán Durán no se arredra ante ningún pretexto, así fuera al socaire de un *dossier* sobre el amor mercenario. En la misma línea crítica aparecieron también textos sobre los “Experimentos agro-sociológicos en Colombia”, encuestas sobre “Los intelectuales y la Violencia” y un documento insólito que relata la sórdida historia de un matrimonio campesino. La universidad también gozó de la atención reflexiva, y en este sentido cabe hacer una precisión: gran parte de los intelectuales de Mito tenían formación universitaria, algo que adquiere inusual importancia en un país en el que hasta la fecha el único requisito para ser investido “genio” era una insobornable trayectoria como autodidacto. Hans Mayer, al hablar del Grupo 47, destacaba una peculiaridad en la producción literaria de la Alemania de la posguerra y es lo que denominó la “Generación de los doctores”. Guardadas las diferencias con Colombia —país que nada tiene que ver con Alemania salvo la expedición de Nicolás de Federmann, el escándalo de la Handel y la librería Buchholz—, los intelectuales de Mito no solamente provenían de la universidad sino que incluso algunos se manifestaron abiertamente germanófilos. Pero lo cierto y patético es que el hecho mismo de su procedencia universitaria estigmatizaba a estos intelectuales ante quienes querían ver en todo algo de populismo, esa espuria forma que en América Latina adquirió la noción del compromiso, entonces en boga en Europa. No hay que olvidar que Jean-Paul Sartre está presente no sólo en la formación intelectual de muchos de los colaboradores de la revista y en su modelo editorial, sino también en su lenguaje: las palabras de Mito siempre estuvieron *en situación*.

Una de las cuestiones que cabe, si no dilucidar, sí por lo menos abordar es la del aporte real de Mito a la apática vida cultural del país. ¿De qué forma se podría cuantificar y, en lo posible, cualificar dicho aporte? Mito tenía una elegante forma de hacer autocrítica: por un lado, la calidad de cada nuevo número cuestionaba o ratificaba la del anterior, y, por otro, la reiterada acogida que les brindó a las cartas de los lectores díscolos daba muestras de su ecuanimidad. En este sentido, es preciso recordar que uno de los rasgos que identifican al director y a la revista es esa generosidad merced a la cual Mito les abre sus puertas a sus más enérgicos y tempranos detractores, que provenían de distintos ámbitos: el historiador y sociólogo Darío Mesa, el filósofo neoestoico Jorge Childe Vélez y el narrador Darío Ruiz Gómez. Animado por un furor ideológico de conocido timbre eslavo, Mesa la emprende contra la línea de la revista en un artículo cuyo título ya lo dice todo: “Mito, revista de las clases moribundas”. Por su parte, Childe Vélez, en su texto “La comedia de las

contradicciones liberales”, consigna algo que se volvió constante en sus diatribas antiintelectuales: ante el hecho incontestable de que la literatura “es un género muerto”, ¿para qué perder tiempo en “veleidades literarias”? El analfabetismo se convierte, pues, en una noble aspiración social. Ruiz Gómez abunda en un reproche conocido: la “vía escapista del sexo”, de que hace gala la revista, lo único que consigue es hacerle el juego a la “burguesía enajenante”.

Periódicamente, y en este mismo apartado de la autocrítica, Mito hacía algunos comentarios que servían de balance, como ocurrió, entre otros, con el número 36, de mayo-junio de 1961, y que conmemoraba su sexto aniversario, justo un año antes de su desaparición. En dicha ocasión, la revista renunció expresamente al papel de órgano de divulgación que muchos le atribuían o, sencillamente, querían que fuese; Mito se convierte, exclusivamente, en un foro para debatir “las complejas relaciones entre economía, política, vida social y cultura; y, ciertamente, los tristes datos de la realidad colombiana. Pero seguiremos prestándole apasionada atención a la filosofía, la literatura y el arte de nuestros días, y sus fascinantes luchas con la tradición. Continuaremos rechazando el dilema bizantino: *Estética o Política*, pretexto para innumerables imposturas”. La nueva línea programática fue suscrita por Gaitán Durán y Valencia Goelkel.

Sin abjurar en ningún momento de la enorme cuota de reflexión social que la época les ofrecía, los intelectuales de Mito se entregaron a una labor de análisis, no menos crítico, sobre otros aspectos de la cultura. De ninguna forma puede olvidarse la sensación que experimentó el lector —y aquí entra la cuota autobiográfica— al descubrir que todo lo que a nuestra generación le parecía culturalmente válido y novedoso, a finales de los años sesenta, ya había tenido su oportunidad en Mito a mediados de la década del cincuenta, por lo que los *Poemas estáticos* de Gottfried Benn, la obra de Saint-John Perse o el filme *Senso*, de Visconti, así como *El erotismo*, de Bataille, la novela *Lolita*, de Nabokov, y los *Cantos pisanos* de Ezra Pound, no eran más que la justificación, a través de Mito, de un pasado que nosotros, jóvenes alevines de escritores en la Década Prodigiosa, considerábamos poco menos que exclusiva propiedad nuestra. Descubrimos, también *a posteriori*, que sólo publicaciones en cierta forma similares, como *Sur* en Argentina, *Orígenes* en Cuba o la *Revista de Occidente* en España podían competir en calidad con la revista colombiana.

De ahí que, cuando Mito hacía referencia a su presunto trabajo como órgano de divulgación, nadie entre los miembros de mi generación se daba por aludido, ya que nuestro descubrimiento de la revista fue posterior a su labor y auge, por lo que, en realidad, constituyó una reflexión sobre un *fait accompli*, la constatación de un hecho casi arqueológico, un dorado hallazgo de hemeroteca. Mito ya no podía formarnos ni deformarnos, pero de alguna manera sus 42 números se convirtieron en un punto de referencia obligada en la consolidación de nuestros primeros años literarios, que fueron, por supuesto, posteriores a la desaparición de Gaitán Durán. Queda claro, sin embargo, que esa constatación *a posteriori* de la existencia de un hecho cultural atípico, diferente del provincianismo letal con el que habitualmente se identificaba lo colombiano, supuso para nosotros algo tan importante como si la revista nos hubiera formado directamente a través de la lectura de cada uno de sus números. Quiero decir que la constatación de esos hechos y el fértil campo de acción en el que se desarrollaron nos dieron una gran confianza sobre la viabilidad futura de una cultura de parámetros afines, que por otra parte es la única cultura en la

# MITO

Revista Bimestral de Cultura

## COMITE PATROCINADOR

Vicente Aleixandre, Luis Carlota y Aragón, César Drummond de Andrade, León de Greiff, Octavio Paz, Alfonso Reyes

## DIRECTORES

Jorge Gaitán Durán

Hernando Valencia Górriz

Redacción y Administración  
Banco de Colombia Oficina 411  
— de 5 a 6 de la tarde —  
Apartado Aéreo 5899

## Tariffas de Publicidad

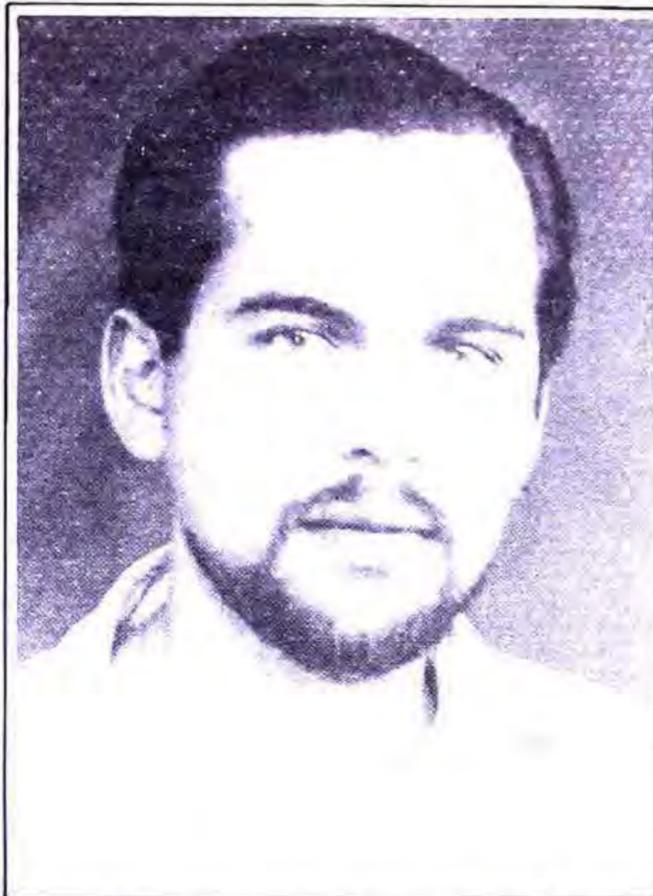
Contraportada . . . \$ 350  
Contrap. Interior . . . \$ 300  
Pág. Ordinaria . . . \$ 200  
½ Pág. . . . . \$ 100

## Subscription - Anual

Bogotá . . . \$ 5  
Departamentos . . . \$ 7  
Extranjero . . . \$ 11.00  
(Parte pagada)  
Precio del ejemplar . . . \$ 1

La Revista MITO está registrada en los libros de prensa del Ministerio de Gobierno y por Resolución 175 del 19 de abril de 1953 de dicho Ministerio fue exenta de la sanción contemplada en la ley 29 de 1944 sobre prensa.

Se prohíbe reproducir íntegra o parcialmente cualquiera de los materiales de MITO sin autorización especial y sin mencionar su procedencia.

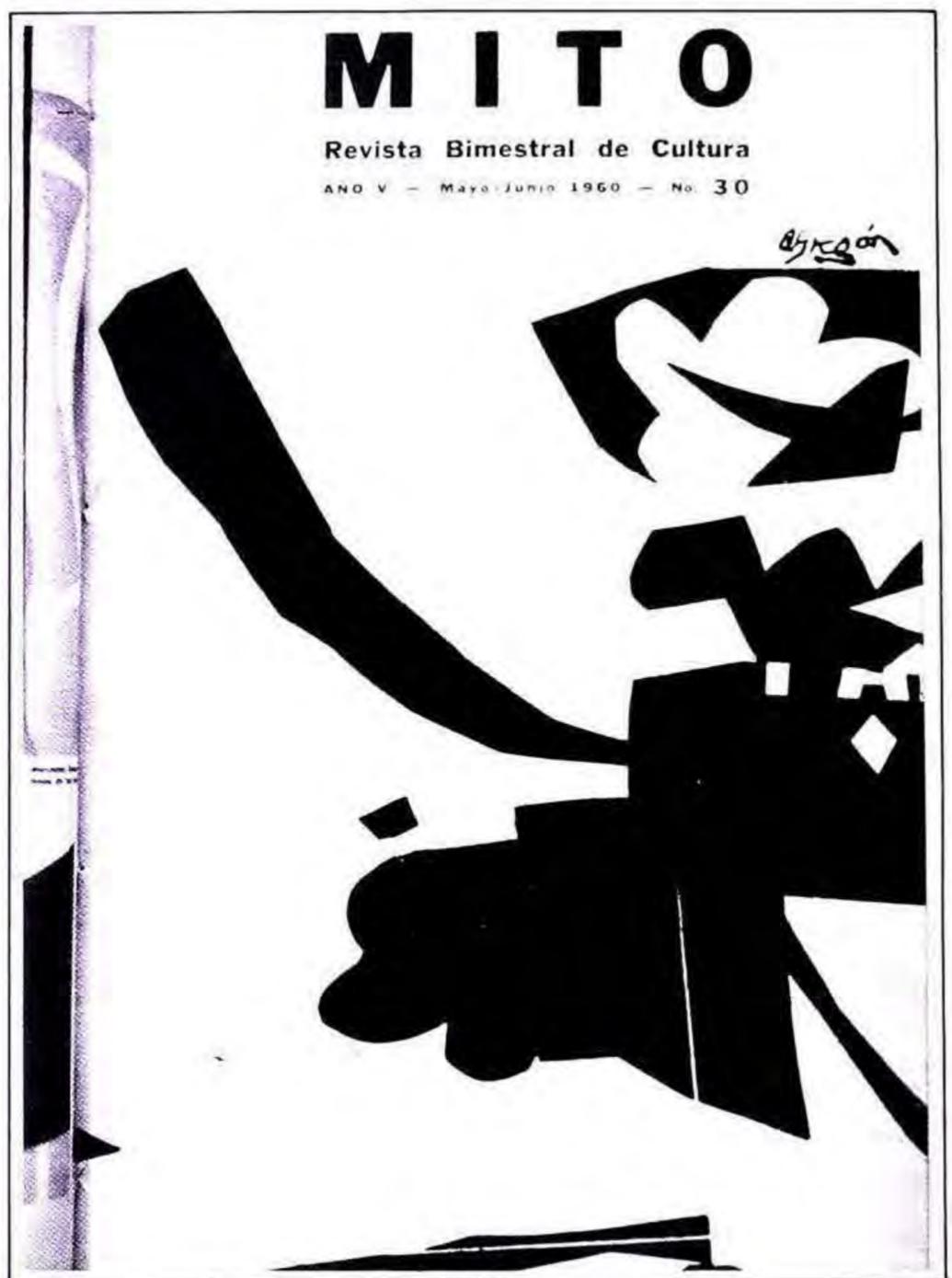


Jorge Gaitán Durán (fotografía Pedro Cote).  
Reproducción, Eduardo González.

Contracubierta del número 1 de la revista Mito.

que hoy vale creer, pese a la acusación de lo que la torpeza regionalista llamaba y sigue llamando, no sin cierta mezcla de resentimiento y temor, “europeísmo”. Ser “europeísta” era y es ser cosmopolita y universal y, por lo mismo, ser deliberadamente traidor a los presuntos valores autóctonos. Mito fue acusada más de una vez de querer romper los valores patrios del enclaustramiento y el sopor y hoy, cuando medimos todos esos dicterios, es cuando sentimos que nuestro grado de consanguinidad con la revista es aún mayor, pues son los mismos dicterios que otras voces en los mismos ámbitos nos han endilgado a algunos escritores de las generaciones más recientes. Mito, pues, ganó en nuestra confianza una batalla póstuma, ya que por razones cronológicas nosotros éramos niños cuando la revista nació y apenas adolescentes cuando desapareció. Por eso, en el momento en que descubrimos la revista, tuvimos la satisfacción de comprender y sentir que no estábamos solos, que un grupo de escritores mayores nos había abonado el campo. Mito, en consecuencia, no formó ni orientó nuestros pasos ni las lecturas básicas pero nos brindó la doble posibilidad del acuerdo y el disenso. Por eso, cuando leíamos a Genet y a Robbe-Grillet, a Reyes y a Drummond de Andrade, a Beckett y a Durrell, sabíamos que compartíamos nuestro gusto presente con el de personas de otra generación que, de alguna forma, eran un prolegómeno pero también, esencialmente, nuestros contemporáneos.

Pero hay una prueba más de que Mito no se equivocó. A lo dicho sobre su especial capacidad para detectar lo sustantivo en la cultura hay que agregar su particular instinto ante los nuevos talentos nacionales. Ya en su número inaugural la revista se ocupa en reseñar la primera novela de un joven llamado Gabriel García Márquez, que luego publicará en sus páginas textos como *Monólogo de Isabel viendo llover en Macondo*, *En este pueblo no hay ladrones* y, sobre todo, la versión original y completa de *El coronel no tiene quien le escriba*, para muchos su mejor libro. Esta actitud se extiende a Alvaro Cepeda Samudio, Carlos Fuentes, Julio Cortázar, José Manuel Caballero Bonald y tantos otros escritores cuya mera enumeración sería extenuante. Pero, sobre todo, Mito aglutina lo más destacado de su propia generación, en la prima la poesía: la obra de Gaitán Durán, junto con la de Cote Lamus, Alvaro Mutis, Charry Lara, Rogelio Echavarría, Fernando Arbeláez o Rojas Herazo, alterna



Alejandro Obregón diseñó la cubierta del número 30.

con la de poetas del resto del continente y España. Desde la otra ribera de nuestra lengua, un poema de José Angel Valente, que lleva el wordsworthiano título *Intimations of immortality from recollections, etc.*, celebra el universo espiritual y humano de Mito. También Juan Goytisolo, cuya obra temprana tuvo eco en la revista, evoca a algunos de sus antiguos compañeros de utopía literaria en su autobiografía *Coto vedado*.

Pero más allá de la poesía, Mito dio cabida a una importante generación de escritores que cultivaban por igual el ensayo y la crítica, como Hernando Valencia Goelkel, Hernando Téllez, Rafael Gutiérrez Girardot, Marta Traba, Hernando Salcedo Silva y otros, aunque en ningún momento cabe olvidar la presencia de León de Greiff, Jorge Zalamea y Aurelio Arturo, para sólo mencionar autores colombianos. Gracias al texto *Almoneda*, de Baldomero Sanín Cano, quien esto escribe tuvo la oportunidad de conocer a Cyril Connolly a través de las referencias dedicadas a *La tumba sin sosiego*, uno de los libros que marcaron a mi generación. En ese mismo texto de Sanín Cano, la subasta de libros de Félix Samaniego nos ofreció la primera bibliografía de consulta inmediata y entre tantos nombres ilustres destacó el de Lichtenberg, de lectura constante desde entonces. De cualquier forma, el interés que ofrece Mito a los ojos de un lector contemporáneo se puede resumir en tres apartados:

Primero, Mito sirve de punto de confluencia de varias generaciones:

a) La revista da cabida en sus páginas a lo más destacado de las generaciones anteriores: Sanín Cano y Jorge Luis Borges, Vicente Aleixandre y Mariano Picón Salas, Alfonso Reyes y Jorge Guillén. Nada impidió que lo que treinta

Buenos Aires

Mayo 10 '61

Querido amigo: Creo que puedo llamarte así, ya que tanto me ocupa de mí y que tanto debe perdonarme. Espero que sea bueno en "Mito", con libro "El Hacedor" pues podré a través que les envíara un ejemplar, apenas hubieran algunos impresos. Hayo y también mis dos últimos cartas en que agradezco inmensamente el homenaje que hacen a mi obra - la carta que me envió J. Gaitán Durán de Torre, me inquietó bastante. Como usted, habla de un momento. El siguiente uno, escrito hace muchos años (hace seis que no puedo escribir mi libro) para la "Historia de la Sterilidad" y que dedico a Mito. No se imaginan lo que me conmueven y estimulan estas pocas líneas que al reconocer mi labor me conmueven a superarla en lo posible - Estoy deseando ver un número que sea honradamente me dedican y que agradezco, de buena de todo corazón - En el abrazo que le envío, extiendo a todos los amigos de allá. - gracias por todo - cordialmente  
Jorge

1/2 Mayo 1961

Carta de Jorge Luis Borges a Jorge Gaitán Durán

La carta se publicó en el número 39 y 40 de 1961/1962.

años atrás sonaba a clásico se confirmara como tal en las páginas de Mito. La revista actuó como caja de resonancia en unos casos, mientras que en otros contribuyó al conocimiento de una obra o un autor sin más requisito que la calidad.

b) Mito afianzó la generación coetánea. García Márquez y Gaitán Durán alternaban en la revista con Cote Lamus y Carlos Fuentes, Juan Goytisolo y Alvaro Mutis, John Updique y Robbe-Grillet. ¿Cabe, en consecuencia, hablar de una Generación de Mito? Creemos que eso no tiene importancia, aunque de llegar a tales extremos, sobre todo si se tiene en cuenta lo que dice de un fantasmal Grupo de Barranquilla, del que presuntamente formaban parte García Márquez, Cepeda Samudio, Rojas Herazo o ese mitificado personaje mejor conocido como "el sabio catalán", es obligado decir que si algún grupo existe ése es Mito, pues fue esta revista la que nucleó y catapultó allende nuestras fronteras la obra de los narradores costeños. Pero esa es otra historia, escrita en francés y con alta dosis de imaginación.

c) Mito da la bienvenida a la generación del relevo, en todo refractaria a sus gustos, como es el caso de los nadaístas. Es más, la revista desaparece tras dedicar un número a los insolentes jóvenes que comandaba Gonzalo Arango. No quiere decir esto que los nadaístas fueran portadores de la mala suerte, aunque cabe agregar una sospechosa casualidad. Eduardo Caballero Calderón, escritor que profesó siempre una incurable y perediana devoción al "sabor de la tierra", publicó en 1955 *La penúltima hora*, novela reseñada negativamente en la revista por Pedro Gómez Valderrama y en la que el autor narraba los postreros instantes de unos pasajeros que habrían de morir en un accidente de aviación. Ese año es el del nacimiento de Mito, que murió con su director en



*Esta fotografía se publicó en Mito , núm. 39 y 40 de 1961/1962.*

una catástrofe aérea, de forma similar a como otros colaboradores habituales de la revista perecerían después, y basta pensar en el trágico accidente que le costó la vida a Marta Traba. En 1962, el año de su desaparición, la revista dedica un número especial a ese producto típicamente colombiano que fue el nadaísmo. La coincidencia de fechas y acontecimientos invita a formular una pregunta: la vida de Mito, enmarcada en esos dos extremos de cultura autóctona aunque impresentable fuera de nuestras fronteras, ¿no habrá caducado precisamente a causa de sus pretensiones? La ironía fue una constante en la revista y en el destino de sus protagonistas más notables, ¿por qué no habría de signar su suerte? Sin embargo, con el fin de quitarse intenciones torcidas a esta sospecha, cabe constatar lo evidente: Mito nació y murió agujoneada por los dos extremos más acusados de la reciente literatura colombiana: la novela terrígena y el soberbio analfabetismo nadaísta.

El segundo apartado sobre el interés de Mito conlleva el reconocimiento de una vocación objetiva en sus formulaciones y enfoques. La decidida voluntad cívica de sus gestores y colaboradores no deja duda al respecto. Los escritores de Mito por lo general eran lo que se suele llamar gente de izquierda, y en este sentido todos pasaron un mal trago con la invasión soviética de Hungría, aunque no vacilaron en condenarla rotundamente, tal como lo había hecho a raíz de acontecimientos igualmente censurables cometidos por los guardianes de Occidente contra Guatemala, Chipre y Argelia. Mito estuvo presente en las jornadas de mayo de 1957 y celebró la caída de Rojas Pinilla; denunció la persecución del gobierno venezolano contra sus escritores; pidió la libertad de Luis Goytisolo, detenido por la policía franquista, y, en el mismo número,



Cubierta de la revista diseñada por Eduardo Ramírez Villamizar.

cuestionó la política cubana, a cuya Revolución le dedicó un número de homenaje pero a la que, a nombre de la libertad de opinión y pese a la enorme simpatía que despertaba entre sus colaboradores, no le podía perdonar que censurara el Diario de la Marina, aunque fuera “una de las publicaciones más reaccionarias del continente”.

El último apartado que cabe destacar a propósito del papel que desempeñó Mito es su contemporaneidad: no sólo estaba al día en todo, sino que todo lo cuestionaba: literatura, cine, economía, sociología, filosofía, arte e incluso religión, pues no hay que olvidar que en sus páginas el joven sacerdote Camilo Torres deja entrever un ideario que diez años después, en un giro inesperado, le va a dar sentido y trascendencia a su lucha social. También buena parte de los riesgos y expectativas en la elección de los temas y autores de la revista se han visto avalados por la justa óptica de la realidad actual. De ahí que contra la aparente soberbia intelectual de la revista, ésta les abriera sus páginas a voces y tendencias que desmienten tal actitud. En la revista tuvieron su espacio un grupo de escritores que, bajo el título “La nueva literatura colombiana”, pusieron de presente la penuria imaginativa que los agobiaba: salvo Antonio Montaña, ninguno de los antologados ofrece hoy el menor interés crítico. Lo mismo puede decirse del alegato tercermundista y maniqueo que, al borde de la retaliación social, entonó Carlos Arturo Truque en su lastimado texto “La vocación y el medio: historia de un escritor”. A pesar de esto, pocos fueron en este orden los fiascos y, también en este sentido, Mito se revela como nuestra contemporánea.



Para el número 37 y 38 el diseño fue de Guillermo Widermann.

Es evidente que adscribirse al clima intelectual de una revista es más fácil y barato que suscribirse. Adscribirse *a posteriori*, sin embargo, conlleva una de dos actitudes posibles: subirse cómodamente al carro triunfal o, a pesar de la maledicencia, reconocer una actitud de gustos y afinidades. Por razones cronológicas, sólo la segunda actitud puede ser la de nuestra generación, aunque este entusiasmo cabe compartirlo con varios escritores que también han visto en Mito uno de los escasos ejemplos de una tradición decorosa. Pienso en Juan Gustavo Cobo Borda, que incluso realizó una antología de la revista, aunque, como ocurre con toda antología, el panorama resultó parcial. Y en una línea de similar evocación crítica hay que mencionar a Darío Jaramillo Agudelo, Armando Romero y otros, que han abordado con mesura y sobriedad el orbe cultural del legado. No es raro que algunos de nosotros hayamos intentado proseguir la aventura espiritual trazada por Gaitán Durán, en Eco, revista colombiana que surgió por la misma época de la desaparición de Mito y en la que muchos de sus colaboradores han encontrado estímulos para proseguir la obra de la generación precedente, aunque bajo nuevas directrices. El propio Valencia Goelkel fue uno de los primeros directores de Eco, publicación que, pese a su rigor intelectual, carece de la agilidad de Mito, de su diversidad temática y de la preocupación generacional. Por todo ello, el *corsi e ricorsi* que caracteriza cierta visión del desarrollo histórico puede advertirse también en el destino de las revistas y los grupos que se forman a su amparo.

Repasar el clima espiritual de Mito no es tanto consultar un catálogo ilustre, que en buena parte ha estimulado la formación literaria y el sentido estético de una generación, sino que también sirve para recuperar un contexto olvidado:

M. D. Rafael Uribe Uribe

Hace tiempo, amigo, - todos los amantes de la Libertad lo saben - deseaba escribirle. Recuerdo unas letras suyas que recibí del Brasil. Y deseaba escribirle no más que para tenderle a través del océano la mano de mi espíritu. ¿decirle: muy bien! adelante!

Por diarios colombianos me informo de su labor, de su honda labor patriótica. Y la comprendo.

Colombia es una de las patrias americanas que mejor pueda comprender un español. Se parece tanto a esta a la de aquí...! Es la misma lucha. Leyendo el relato que José Grijillo hizo de la última lucha civil de aquí me parecía estar leyendo la de nuestra última lucha civil, a que asistí de niño.

La patria hoy que hacemos, con la Libertad, es decir, con la conciencia de la ley, y con la cultura, día a día, la obra de la emancipación, que

comenzó hace un siglo, Bolívar, al preparar nuestra unión espiritual - la de españoles y americanos - y no ya de la unidad política, no la unión de. Unidos como nosotros, tenemos todos que buscar en el fondo de la raza el elemento de libertad.

Hacer Libertad es hacer patria.

Para los griegos, los fundadores de la ciudad, los maestros de patriotismo, era preferible la muerte al destierro, a la pérdida de la ciudadanía. El desterrado es un siervo, dice Séneca, no puede ser sincero, no puede decir lo que siente y tiene que obedecer a autoridades inferiores a él.

(Para un griego el banido, el que no era como él, le era inferior)

Y no crea usted, mi querido general y patriota, que puede ocurrir que uno llegue a encontrarse en el extranjero, desterrado en su propia patria - ¡cosa terrible! - si no puede decir en ella todo lo que siente, si no gana de sinceridad en ella?

No temo, pues, para tener patria, Libertad de decir lo que se siente, es decir, Libertad.

Y porque usted hace patria le tiendo con mi mano, mi palabra de

Un facsímil de una carta de Miguel de Unamuno a Rafael Uribe Uribe, publicada en Mito en el núm. 12 de 1957.

la evocación de una realidad reciente, culpable de las horas presentes, así como el rescate de un clima social y cultural en que se forjó nuestro destino literario. Volver a Mito es consultar lo que sobre la marcha de nuestros primeros años contribuyó a fundar nuestra sensibilidad. Para muchos de nosotros, Mito es una forma de valorar, apenas un cuarto de siglo después de desaparecida la revista, los presupuestos y afanes, las expectativas y vivencias que forjaron nuestra biografía cultural: como afirmaba Kahler, *Mythos y logos* prosiguen juntos las remotas nupcias de imaginación y reflexión. Mito, entre nosotros, supo perpetuar esa aventura del espíritu y en algunos momentos consiguió hacernos superar los oprobios de la realidad: en ello radica la validez de su legado y su perdurable lección.



# CRITICA: ¿Un quincenario sin compromisos? (1948-1951)

OSCAR TORRES DUQUE

Reproducciones: *Alberto Sierra Restrepo*  
*Mario Rivera*

**Q**UIZA UNA DE LAS RAZONES por las cuales, en nuestro país, eso que la comunicación social llama “cultura”\* haya tenido un desarrollo tan inauténtico y fragmentario sea el matrimonio espurio entre aquella y la vida pública nacional. En el mejor de los casos, nuestros hombres representativos lucharon por conciliar sus dos vidas en un humanismo integral de pensamiento y de arte: casos como los de Miguel Antonio Caro, José Eusebio Caro y Guillermo Valencia nos ofrecen tema interesante para antologías o historias de las letras nacionales. Otros ejemplos, otros nombres, serían más penosos de mencionar, tanto más si están unidos a significativos momentos de la historia patria.

Desde el romanticismo -el hegeliano antes que el rousseauiano o victorhuguesco-, la función del intelectual de letras y pensamiento es cada vez menos social y más alienante. Por supuesto que en ningún momento tal distinción se plantea como un deber ser; antes bien, se observa con preocupación por los teóricos. Que el arte haya tomado la posición de distanciamiento no dice nada contra el histórico fenómeno de su destierro por parte del devenir social, del cual fueron expulsadas las condiciones que enmarcan la presencia equilibrante del arte, con el triunfo del liberalismo, la revolución industrial y la lucha de clases. *Crítica*, en el mejor sentido kantiano de la palabra, significa esa conciencia de límites, de reconocimiento del fin de las posibilidades históricas del hombre; el intelecto, desde entonces y como función social, debe ejercer una suerte de “marginalia”, de glosa cínica e imparcial de los hechos históricos. ¿Se puede ser imparcial? Quizá no, pero el intelecto juega a serlo, olvidando la parte de carne dolorida que le incumbe; en su empeinado intento de objetividad, creo (y ese intento acaso se vea siempre, hasta cierto punto, frustrado), radica su humanidad, su parcialidad soberana y autojustificada.

Todo esto, para introducir el carácter de un tipo de publicación “cultural” en Colombia: el periodismo político de la “clase intelectual”. Tal es el tono de *Crítica*, quincenario “cultural” dirigido durante cerca de tres años por Jorge Zalamea en Bogotá, con la salvedad, respecto de otras publicaciones de su tipo, de que este quincenario sí fue auténticamente “cultural”, aun a pesar de su parcialidad, no política sino social (porque la parcialidad o imparcialidad del crítico están más allá de las ideologías políticas, que son circunstancias que a duras penas pueden reflejar un compromiso del intelectual o su dimensión práctica). La labor de difusión cultural de *Crítica* es destacable dentro de una historia de las publicaciones periódicas “culturales” en Colombia, repito, aunque no se tratara exclusivamente de una publicación del tal índole.

La actitud política de una revista o periódico “cultural” debe coincidir con todo aquello que publica, no digo en el contexto de la opinión, pero sí en el del

\* Las comillas o la ausencia de ellas para la palabra “cultura” y sus derivadas, atiende a mis escrúpulos respecto a ese concepto. En este artículo es más una posibilidad que una realidad. Cultura no es, por supuesto, ni en el terreno de las publicaciones, “arte, pensamiento y letras”. Me he prestado, sin embargo, al abuso sistemático y popular de la expresión.

gesto y en el espíritu de texto comunal. Que se señale una dirección integral, una pasión humanística. La cultura es una órbita superior a la política o a cualquier manifestación social, porque ella las aglutina a todas en una sola visión del mundo; si la intención política no está presidida por la dirección integral de la cultura, la escisión que se produce impide la existencia del texto de la revista o periódico, que es algo más, o diferente, que la suma de textos publicados. En una gaceta del Fondo de Cultura Económica, escribió Alejandro Katz, a propósito del hablar comunal de San Agustín, lo siguiente: “El modo en que una revista es inventada es también el modo en que puede ser leída (por ello, sobra decirlo, algunas revistas son, pese a su apariencia, el Texto, con la rotunda firma de autor al calce; otras, carantes de la firma, no son más que una recolección de pequeñas firmitas, de textos que solicitan ser leídos como si fueran el Gran Original, pero que no consiguen serlo). En una redacción —aceptamos llamarla así— cada uno no es él sino un universo de lectores posibles”<sup>1</sup>.

El pecado de *Crítica* fue constituirse en firma adicional —opositora, si se prefiere— a las firmas dominantes de la vida política de su tiempo, firmas que estaban, por lo demás, fuera del texto que se quería elaborar, porque ellas, salvo a partir de la censura, no participan oficialmente en la publicación del quincenario. Como publicación, *Crítica* no creó un círculo de “lectores posibles”; más bien reconocía la existencia importante de “enemigos vulnerables”, cuando en realidad su contenido, en su mayor parte, era ajeno a tales consideraciones. El liberalismo podía reclamar su validez o importancia históricas —bandera de una intelectualidad artística—, pero no rebajarse a debatir con otro partido, el conservatismo, las responsabilidades en una situación crítica del país, reclamar desde allí, hacer proselitismo desde allí, hacer “cultura” desde allí. *Crítica*, entonces, fue dos cosas: un quincenario liberal y el quincenario de Jorge Zalamea: un solo quincenario, es cierto, pero dos direcciones diferentes.

Jorge Zalamea fundó *Crítica* (primera aparición) el 14 de octubre de 1948, época de efervescente violencia partidista en Colombia, de efervescente correr de sangre (¿la cultura como posición ante el asesinato y la infamia?). Tres años después, el 4 de octubre de 1951, aparecía el último número de un quincenario diezmado y depurado por la censura conservadora y el desencanto de sus creadores. Realmente un lapso generoso para crear una imagen combativa o espiritual, o, por lo menos, para permanecer en las historias del periodismo o de las publicaciones periódicas en Colombia. Sin embargo, el desconocimiento y la carencia de datos de *Crítica* para la historiografía periodística posterior son abrumadores. Abrumadores, si pensamos en la calidad y cantidad de sus colaboradores y textos publicados. Nombrarlos aquí sería ocioso, pues, de hecho, más adelante aparecerán con su respectivo papel.

*Crítica* “consistió” en el abanderamiento que un grupo de liberales intelectuales (o mejor, el “clan Zalamea”) hizo de la denuncia de crímenes políticos en el país (contra liberales, se entiende), de la oposición encarnizada y sectaria al ingenuo y pintoresco gobierno conservador (pero también a sus más notables alentadores) y de la actualidad “cultural” como difusión del quehacer artístico, literario y filosófico en todo el mundo. Tres banderas difíciles de coser en una sola. La cultura es, por principio, conservadora, pero de un orden ya existente, de una tradición, de un mundo constituido de valores y principios universales. La “cultura”, liberal en todos los sentidos, de *Crítica* era en realidad la maravillosa conjunción de autores y textos en un muestrario para todos los

<sup>1</sup> Alejandro Katz, “De la lectura compartida”, en *Gaceta del Fondo de Cultura Económica*, diciembre de 1986, págs. 21-22.



Núm. 13, mayo 4 de 1949 (A.S.R.).



Jorge Zalamea (M. R.)

gustos, incluso los más conservadores. Mucho de actividad reciente y numerosos ensayos de fondo sobre diversos temas en el campo de arte, de la literatura y del pensamiento.

De principio a fin de su existencia, *Crítica* se presenta como un quincenario, de 8 a 24 páginas, con intensa opinión política en primer plano, hasta el momento de la censura oficial (el primer número censurado salió el 4 de mayo de 1950); digo primer plano y me refiero a la noticia o comentario de primera página y a las páginas editoriales; “tout le reste” es la “cultura”. ¿Se trataba de veras de crear el clima de civilización o cultura que permitiera el arrostramiento con la violencia, su denuncia, su infamación? Mi respuesta negativa se adhiere a estas palabras del poeta santandereano Tomás Vargas Osorio: “¿Es justa la contraposición ideológica-civilidad-violencia? ¿y hasta qué punto nosotros los colombianos hemos preferido el primer término con desapego definitivo del otro? La vida política, la vida administrativa, bien pueden desarrollarse armónicamente dentro de los cauces de la civilidad, y hasta es conveniente que así sea; ¿pero la cultura debe y puede restringirse a este plano simple de hechos y de circunstancias? La civilidad es, ante todo, un estilo de moral política; pero es injusto —históricamente injusto— pretender que el espíritu y la cultura se estrechen dentro de un ámbito moral utilitario, dentro de un *ethos* de finalidades inmediatas”<sup>2</sup>. Por supuesto, la pretensión es no sólo injusta sino fallida, pese a lo cual, dentro de la ya microhistoria del espíritu, el texto cultural es recibido satisfactoriamente por los lectores ideales, al margen de la vergonzante tropelía nacional. *Crítica* pudo haber prescindido, teniendo en cuenta a sus inspiradores, de su famoso alegato contra una situación de hecho —más que de derecho— y de hacer en sus páginas explícito su compromiso político liberal, cuando éste podía ser tácito —y auténtico— en los textos de “cultura” publicados (de hecho, en ellos fue reconocible ese compromiso, especialmente después de la censura; bastaría citar los ejemplos de textos largos, publicados por entregas, de Sartre y Bertrand Russell sobre la libertad). Sólo la vida pública degenerada impone a sus protagonistas la especialización de su acción pública: personajes de la política, personajes de la cultura, personajes del deporte. Quien realmente lleva una vida pública, una vida consagrada a la transformación o conservación del mundo, refleja su esfuerzo no en una

<sup>2</sup> Tomás Vargas Osorio, *Obras*. Bucaramanga, Imprenta Departamental, 1944, t. I, pág. 300.

especialización sino en su vida toda, convertida en la actividad que desarrolla. En Colombia sucede con frecuencia la desgracia de que para ser hombre público el escritor debe “meterse” a político, así como el político completa su imagen “metiéndose” a escritor.

Quien escribe para publicar y publica para influir en los demás, debe saber de antemano que su medio de expresión es la palabra y que ésta debe bastarse a sí misma, so pena de reconocer la incapacidad de los lectores de asumir una actitud madura ante ella. Si se reconoce esa incapacidad y pese a todo se publica, es decir, si se cambia el medio de expresión por el impuesto de la publicidad, se corre el riesgo de poner en entredicho el compromiso inicial: influir en gentes inmaduras —y, por tanto, nocivamente— o influir en la vida privada de las gentes maduras. Es un dilema aberrante, pero irremediable en estas latitudes: o se hace “cultura” o se es público. Sin embargo, la primera opción es una forma de apostar a esa publicidad y, por tanto, de comprometerse socialmente, aunque sólo sea como apuesta. Al respecto, transcribo algo que escribió Martí sobre la libertad pública -o publicada, para el caso-: “Ni el miedo a las justicias sociales, ni la simpatía ciega por los que las intentan, debe guiar a los pueblos en sus crisis, ni al que las narra. Sólo sirve dignamente a la libertad el que, a riesgo de ser tomado por su enemigo, la preserva sin temblor de los que la comprometen con sus errores. No merece el dictado de defensor de la libertad quien excusa sus vicios y crímenes por el temor mujeril de parecer tibio en su defensa. Ni merecen perdón los que, incapaces de domar el odio y la antipatía que el crimen inspira, juzgan los delitos sociales sin conocer y pesar las causas históricas de que nacieron ni los impulsos de generosidad que los producen”<sup>3</sup>. Creo que todo el liberalismo, desde su nacimiento hasta nuestros días, ha cargado con ese estigma de ser, antes que una ideología nueva y aplicable, un reconocimiento de lo que le va quedando al hombre, cuando lo que lo ataba a ley natural se ha convertido en cadena insostenible. Liberarse siempre significa preguntarse por el sentido de una libertad que nace para huir, para escapar. Es preguntarse por el sentido de la libertad en el desierto.

Crítica comienza unos meses después del asesinato de Jorge Eliécer Gaitán, y marcada por ese asesinato, con denuncias de crímenes contra liberales en diferentes lugares del país. Extensas listas de personas asesinadas se publican en los primeros números y en las primeras páginas, con titulares alusivos a la connivencia o participación del gobierno conservador de Mariano Ospina Pérez. Estas denuncias son indudablemente el plato fuerte del quincenario en su primera etapa y la presentación, como periódico, del mismo. No pretendió Zalamea hacer, en principio, una revista o periódico cultural; o si lo pretendió, se vio sorprendido por la urgencia de oposición y de denuncia políticas. En primera página, casi siempre, una gran caricatura, de más de media página, elaborada por el bocetista de Crítica, Samper, furibundo, sin remilgos, ridiculizador de todo el zoológico conservador en ciernes: Ospina Pérez como doncella cortejada por el caballero Laureano, o como arquero de un equipo de fútbol de ineptos (conservadores), incapaz de parar el disparo de Darío Echandía y con un letrero en su uniforme: “Manzanillo”; o danzando muy elegantemente con el esqueleto femenino llamado Colombia, o en el paraíso terrenal, de Eva, poco antes de su expulsión.

La opinión escrita de Crítica poco difería de sus caricaturas: el gobierno de Ospina Pérez, un títere asediado por los maliciosos Laureano Gómez y Gilberto Alzate Avendaño, no era más que la pretensión de trasplante del franquismo tiránico español, la más infame huella del fascismo europeo y su

<sup>3</sup> José Martí, *Antología*, Barcelona, Salvat, 1972, pág. 60.



Núm. 16. junio 17 de 1949 (A.S.R.).

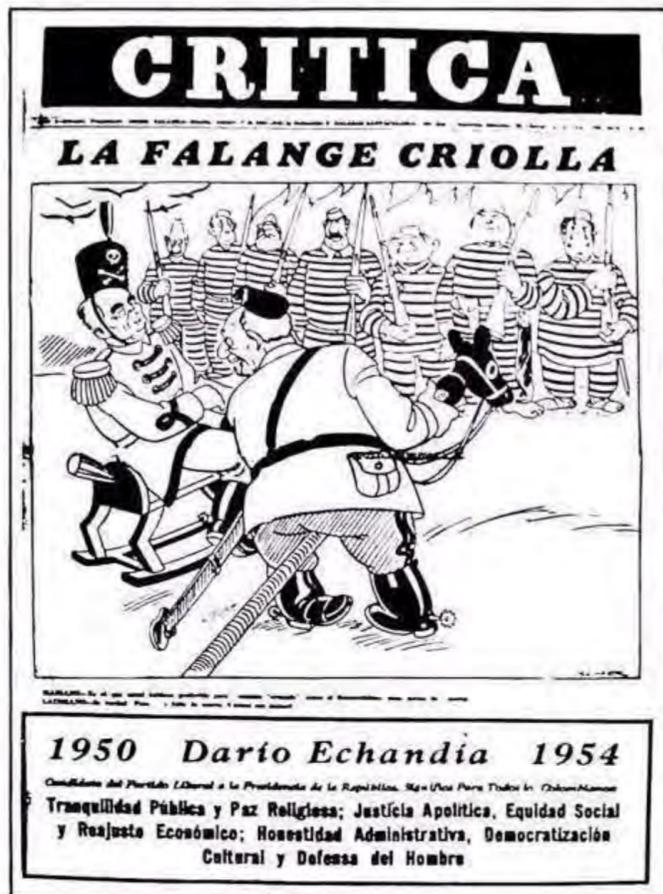


Núm. 18. julio 15 de 1949 (A.S.R.).

locura. “La falange criolla”, se les llama en alguna caricatura en la que aparecen Ospina Pérez, Laureano Gómez, Gilberto Alzate y Guillermo León Valencia. De paso, el ímpetu ironizante, no exento de la ira por la falta del poder, se comprometía con la causa de Darío Echandía para las venideras elecciones, asegurando, y dando la cabeza por ello, que sería el nuevo presidente de Colombia, el Mesías, la salvación (aunque, irremediablemente, Crítica habría de autonombrarse tarde o temprano “un quincenario sin compromisos”). La derrota y el triunfo de Laureano Gómez serían el trago más amargo para la publicación de Zalamea. Titulares como “Los pies en polvorosa de Laureano” (¿el pueblo como amenaza de muerte?), “Homenaje al caudillo, agravio a Colombia”, a propósito de un homenaje a Laureano, “El presidente Jano” y otros por el estilo corrompen de odio sus páginas, precediendo excelentes textos para almas menos comprometidas con la bajeza. El 18 de octubre de 1950, ya censurada, Crítica publica en su editorial (uno de los pocos redactados en esos tiempos) lo siguiente: “Mientras en Colombia fue libre la palabra, ésta nos sirvió para luchar franca y lealmente contra lo que nos parecía indeseable para la patria y contrario al destino del hombre. De esa etapa nos queda un orgullo: jamás mancillamos la dignidad de la palabra con nada que fuera soez o injurioso; jamás quebrantamos el imperio de la verdad con nada que fuera inverídico o calumnioso. Nuestros ataques pudieron ser iracundos; pudieron ser implacables; pero fueron siempre decorosos en la expresión y rigurosos en la verdad”<sup>4</sup>. A pesar de lo cual, la palabra había admitido continuar encadenada y amordazada. ¿Esto era cierto? ¿Sin el afán político, Crítica no tenía derecho de ser publicación “cultural”? ¿Por qué, entonces, seguir publicando? Por otra parte, el final de Crítica, no bajo un gobierno conservador, sino entre las mil manos clausuradoras de Laureano Gómez, era previsible. Que a Ospina Pérez se lo calificara de tonto era soportable, pero que a Laureano se lo tachara de criminal y tras la tacha se sellara el sobre con textos de escritores eminentes, acaso “inocentes”, era algo impensable como hecho público.

Caricatura, listas de asesinados liberales, proselitismo editorial y una columna llamada “La quincena parlamentaria” constituyeron la catapulta del combate político. Podían no llevarse más de tres páginas del quincenario, pero dejan hoy en día desazonado al lector para lo que sigue en las páginas restantes. En la columna “La quincena parlamentaria” se exaltaba la labor igualmente denunciante y desenmascaradora de los congresistas liberales (Plinio Mendoza Neira, Mario Ruiz Camacho, Carlos Lleras Restrepo, Abelardo Forero Bena-

<sup>4</sup> Crítica, 18 de octubre de 1950



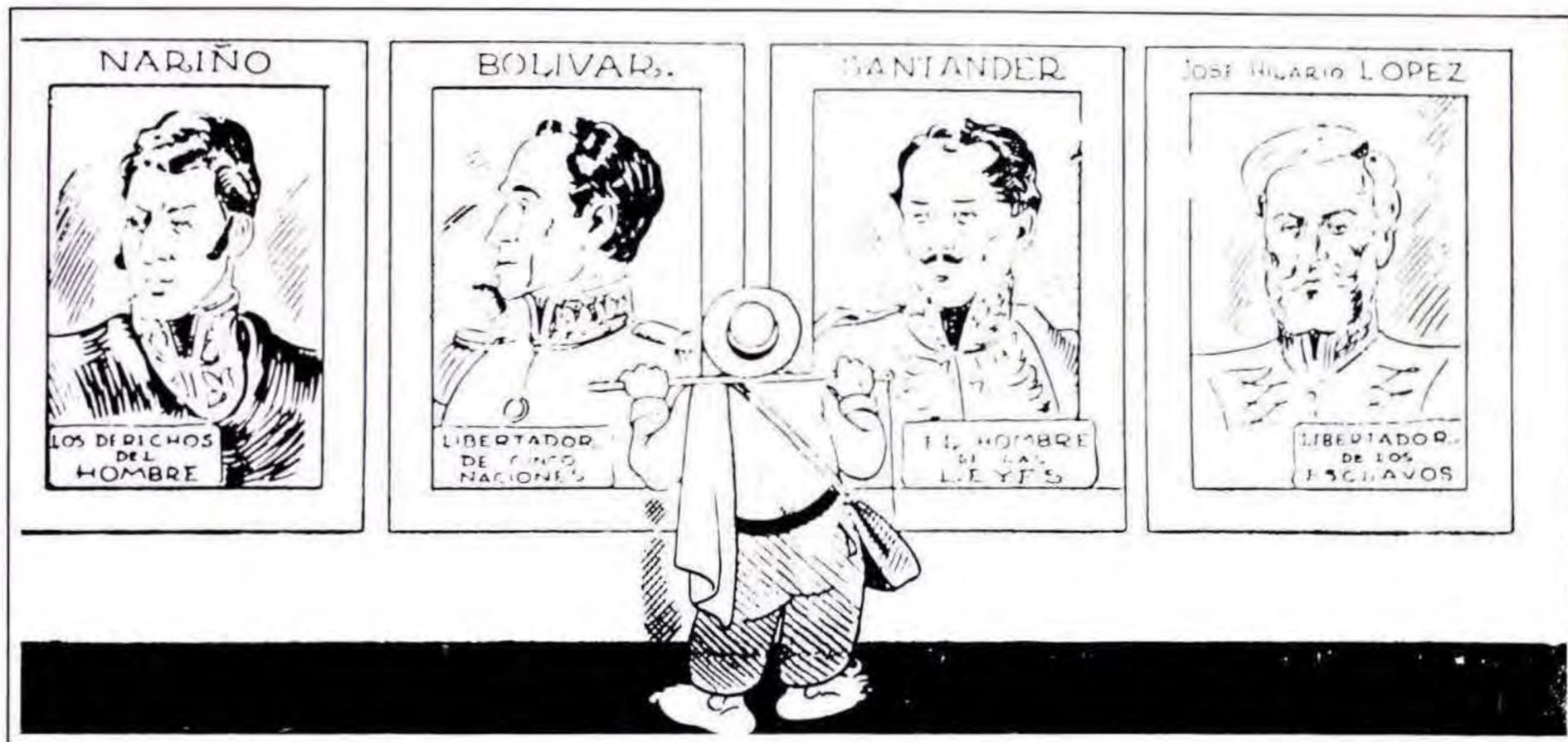
Núm. 19, agosto 2 de 1949. Núm. 22, septiembre 15 de 1949. Núm. 23, octubre 10. de 1949 (A.S.R.).

vides). Cómo conciliar esa catapulta con el loable interés por la política internacional y la historia contemporánea, es algo que el lector de hoy no puede resolver —como tampoco lo resolvería el buen lector de entonces, si lo había en aquella nación de turbamultas, más fervorosa que la nuestra—. El tono internacionalista de *Crítica* no parecía avenirse con las lamentables condiciones locales. También ha sido pecado del liberalismo ese aprender de los libros, de las ideas o de las experiencias ajenas, el modo universal de comportarse para garantizar el progreso. Nicolás Gómez Dávila lo expresa así: “El incorregible error político del hombre de buena voluntad es presuponer cándidamente que en todo momento cabe hacer lo que toca. Aquí, donde lo necesario suele ser lo imposible”<sup>5</sup>. No era menor la candidez en el gobierno nacionalista de Laureano Gómez, pero es muy difícil no pasar por cándido para ser político en nuestra época y más desde la óptica de un reaccionarismo ahistórico como el de Gómez Dávila. Pero la cultura no puede ser cándida, precisamente porque es libre.

Primero desaparecieron las listas —“Calendario trágico”, era su título—, luego “La quincena parlamentaria”, posteriormente las caricaturas y, con la censura, los propios editoriales, silencio que fue el único gesto de oposición y de persistencia ante la intromisión que fue apenas una correspondencia a otra intromisión, por parte del quincenario. El 4 de mayo de 1950 comenzó la censura a ser publicada mediante una franja con letras grandes en la primera página: “Esta edición aparece bajo censura”. La censura pudo mostrar, al mismo tiempo que la debilidad de una publicación de ese tipo en nuestro país, la importancia de la tarea “cultural” de *Crítica*. Se vuelve un quincenario casi exclusivamente difusor de “textos de cultura” (arte, letras y pensamiento), pese al gesto del silencio editorial y a los indicios de la escoba de redacción. Pero el viraje no complace nunca a Zalamea, y con ello se evidencia su verdadera intención de hacer de *Crítica* una publicación política, es decir, una publicación nacional.

En cuanto a hablar de la generación de *Crítica*, hay que decir que ella es inexistente, por dos motivos básicos: la falta de coherencia en un afán cultural (me obstino en esa división viciosa de la comunicación social: arte, pensa-

Nicolás Gómez Dávila,  
*Escolios a un texto implícito*, Bogotá,  
Colcultura, 1977,  
vol. II, pág. 122.



Núm. 26, noviembre 15 de 1949. (A.S.R.)

miento y literatura) y la carencia de personalidades dedicadas exclusivamente al quincenario, con la excepción de Zalameas Jorge, Eduardo y Alberto. Pero aun el caso de Jorge y Eduardo Zalamea es el de la presencia de dos escritores con rumbo definido, que nunca pretendieron darle a *Crítica* la dirección de sus propias búsquedas espirituales o artísticas. Alvaro Mutis publica sus primeros poemas, o sus primeras versiones, en *Crítica*, pero Mutis puede ser asociado hoy más fácilmente con publicaciones como *Cántico*, *Mito* o *Eco*. León de Greiff pertenece a una generación anterior, esa que fue llamada Los Nuevos, y a la que pertenecía Jorge Zalamea, pero esa generación no tenía nada que decir a través de *Crítica*; el interés por Los Nuevos se limitaría a un par de artículos y a la columna, luego clausurada por su firmante, del “loco Legris”. Los Nuevos fueron nuevos hasta la aparición del piedracielismo, a finales de los treinta, y después se desperdigan por diversos campos y diversas simpatías. Ni Luis Vidales, ni Rafael Maya, ni Octavio Amórtegui, ni Alberto Lleras ni Germán Arciniegas fueron colaboradores permanentes— y muchos forjadores— de *Crítica*. Nos quedan de esa “generación” (degeneración de generaciones, como dice algún actor mexicano) algunas contribuciones esporádicas del reaccionario y lúcido Hernando Téllez y las misteriosas baladronadas del alucinado León de Greiff. Otras generaciones poéticas o literarias se dieron cita, sin ánimo de generación, en *Crítica*: los del círculo de *Cántico* y cuadernícolas, Mutis, Jaime Ibáñez, Natanael Díaz o Rogelio Echavarría, poeta recién amanecido para la época, como Carlos Castro Saavedra, Oscar Hernández, Fernando Arbeláez y Carlos Jiménez. La generación que sí tuvo ánimo de tal, y esto no significa más que unos cuantos nombres que coinciden en elaborar una versión del presente cultural de un país, y que gravitó en torno al núcleo de *Mito* (Gaitán Durán, Cote Lamus, Valencia Goelkel, Gutiérrez Girardot) no pasó por *Crítica*, aunque eran tan jóvenes como los últimos mencionados.

Por lo demás, la enseñanza de los de *Mito* fue que, a pesar de la toma inicial de partido político —conservador Cote, liberal Gaitán— jamás se dejaron exasperar por el horror trivial (y tribal) de la menuda situación nacional, y supieron guardar esa debida distancia que hace al verdadero crítico, y que no es indiferencia sino independencia. Su respuesta, su humanismo, fue la labor literaria, que hoy apreciamos en aquella revista. Sin embargo, este mismo azar

de publicación de escritores y artistas jóvenes nos muestra un criterio literario y artístico bien formado, seguro de sí en lo que está promoviendo, hecho más destacable si pensamos en que la promoción es de jóvenes (e inciertos) talentos; Pound ha dicho que “el valor de crítico no se conoce por sus argumentaciones, sino por la calidad de lo que escoge”<sup>6</sup>, y en ese sentido *Crítica* demostró ser crítica, y no un devocionario poético abierto a todas las colaboraciones de grillos jóvenes y con arrestos destructores que llegaran a la redacción. El 18 de enero de 1951, *Crítica* presenta así un cuento de un joven escritor que aún no publicaba su primera novela: “De Gabriel García Márquez, el autor de *La noche de los alcaravanes*, que publicamos en esta página, apenas sí sabemos que tiene 23 años, que vive en Barranquilla y que, con Alfonso Fuenmayor, trabaja en la revista *Crónica*. Pero hay en este cuento suyo —en esta imagen de sueño— un tono, una atmósfera una profundidad espacial, que parecen indicar la mano segura y la mirada penetrante de un escritor auténtico. Para *Crítica*, que ha querido ser —desgraciadamente sin éxito— una puerta abierta para todos los escritores colombianos y, en especial, para los que ahora se inician en las letras, es muy grato presentar a Gabriel García Márquez, cuya obra, creemos nosotros, deberá seguirse con atención”<sup>7</sup>. En el mismo número, para nuestro pasmo, presentaban a otro cachorro imberbe: “Grande acierto tuvo Leo Matiz al inaugurar su Galería de Arte con la exposición del joven artista antioqueño Fernando Botero. A los diecinueve años, este artista logra retener poderosamente la atención del público que sabe desde ahora que será preciso tener muy en cuenta este nombre en el desarrollo futuro de nuestras artes plásticas”<sup>8</sup>.

La diferencia entre una publicación de espíritu y una de colaboraciones está en que esta última no puede arrogarse el derecho de encarnar ningún ideal, ninguna bandera, distintos de la simple difusión de lo que publica. La otra publicación, la que es un solo Texto, no sólo difunde lo que publica, sino que señala también sus sentido, su importancia y el lector a quien va dirigido. Es decir, integra cada texto a un mundo; en la publicación de colaboraciones, la colaboración es lo que necesita mundo, lo falto de éste, lo que expresa simplemente una opinión personal. Por ser publicación de colaboraciones, *Crítica* no hace época, no hace generación (sic), mas sin embargo hace historia, porque pocas publicaciones culturales en el país han reunido en sus páginas el alto material que publicó *Crítica*, en principio como texto adicional y después de la censura como texto exclusivo, aunque inconexo, por la falta de una guía editorial que hiciera de *Crítica* un “quincenario de arte y cultura”. Alguien notaba ya, en el segundo aniversario de *Crítica*, y durante la censura, algunos aspectos claves de su existencia: “1. El único periódico que se puede leer íntegramente con la seguridad de que no tropezamos con el insulto, la envidia y la malevolencia, tan comunes en toda nuestra prensa. 2. Es urgente que sus páginas, hasta donde sea posible, expongan y planteen los problemas nacionales: cultura y política científica en estrecha vinculación. 3. Un mayor tiraje y una mayor distribución, pues hay ciudades adonde apenas llegan dos o tres números; ejemplo: Cali...”<sup>9</sup>. El segundo punto les estaba recordando un frente ya perdido para ellos, pero simultáneamente dejaba entrever la nueva presencia del quincenario, como magacín difusor. Al mismo tiempo que se libraban involuntariamente de la saña y el combate retórico, en apariencia se mantenían en batalla, pero su ánimo cultural estaba debilitado. También les pedían sus lectores, en aquella ocasión, un mayor cuidado de la limpieza tipográfica. De cualquier modo, resulta deprimente que el lector de su época delatara su propia condición, comparándolo (al quincenario) con “nuestra prensa”: si bien Zala-

<sup>6</sup> Ezra Pound, *Antología*, Madrid, Visor, 1979, pág. 201.

<sup>7</sup> *Crítica*, 18 de enero de 1951.

<sup>8</sup> *Ibid.*

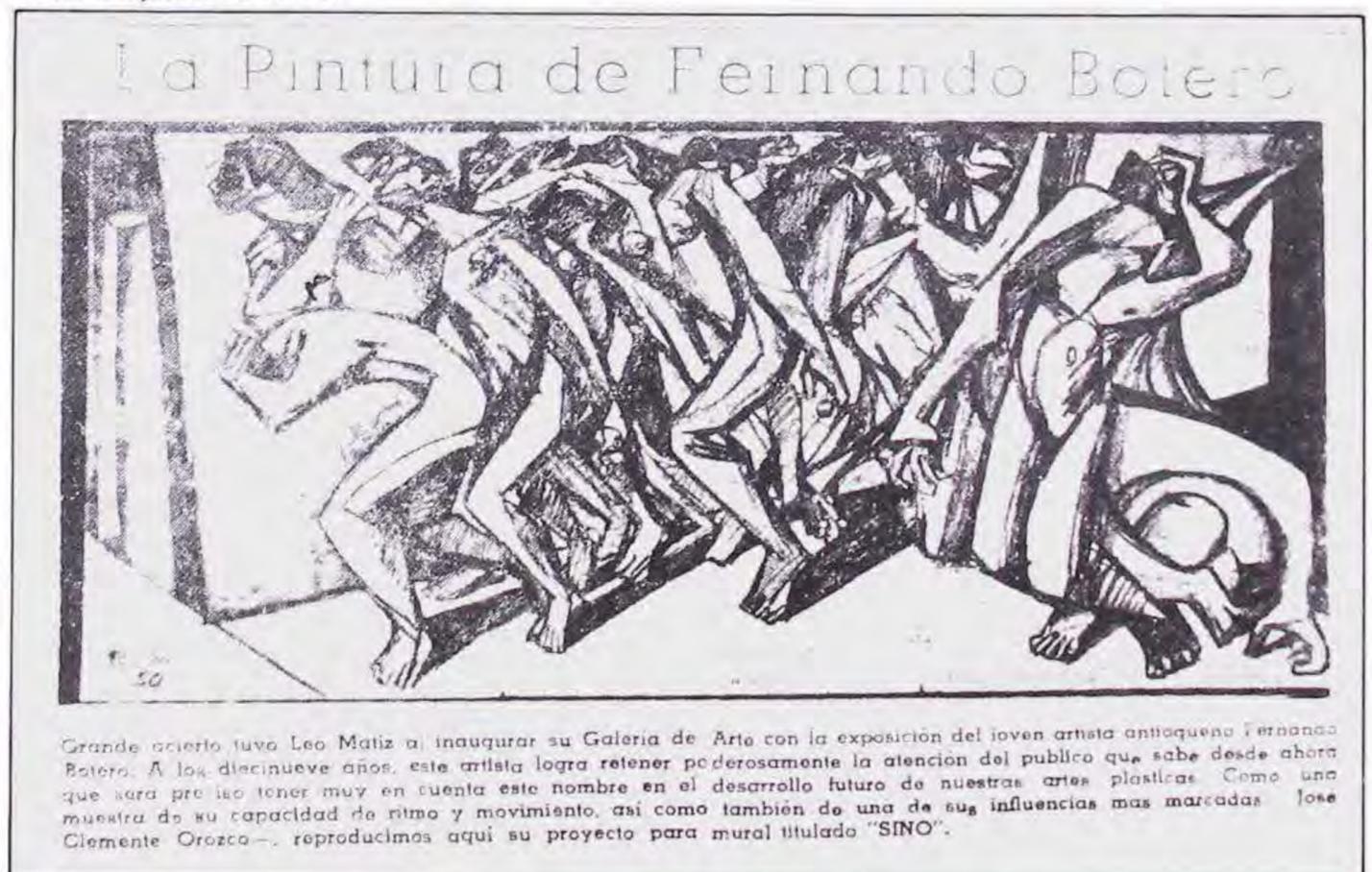
<sup>9</sup> *Crítica*, 18 de octubre de 1950.



llevado a los espinosos pero trascendentes asuntos de la decadente Europa. Así presentaba *Crítica* su número monográfico: “Este número ha sido realizado por Alberto Zalamea. La dirección de *Crítica* agradece a sus colegas *L’Observateur* y *Le Monde* de París, a la Agencia Francesa de Información, a los señores Paul Rivet, Claude Bourdet, Jean-Paul Sartre, Mervyn Jones, Mario Cesari, Dany Benusiglio, Francisco Fejto, J. Gordon, Charles Delasnière, Jacques Armel, J. Servan-Schreiber y René Maurier, por la valiosa ayuda, artículos e informaciones que quisieron prestarle para la realización de este número consagrado exclusivamente al continente europeo. (La dirección señala, igualmente, que la responsabilidad de los artículos publicados es estrictamente personal y recae sólo sobre el autor)”<sup>10</sup>. También el quincenario publicó en diversos números noticia de lo que se hacía en ese momento en literatura, en Francia, Inglaterra, Alemania o Estados Unidos. La red de contactos de *Crítica* o de Jorge Zalamea era excelente: tan frívola como fundamental puede ser la “gaceta de actualidad mundial literaria” en un ambiente muy dado al enclaustramiento y la retórica sin tradición y, por tanto, sin presente. En ese sentido, es también importante ese “noticiario” que incluye, además, a las artes, música, plástica, teatro y, algo insólito pero reconfortante, la moda, que ocupa, al principio, toda la última página de *Crítica* (¿era “gancho” para frívolos o rescate de la moda como indicador social y, acaso, cultural?).

En el ámbito literario, muchos son los nombres (con sus respectivos hombres; porque suele suceder, en las revistas de colaboración, que el nombre es usado y el texto hurtado de cualquier parte) que dieron sombra a *Crítica*. Tanto extranjeros como nacionales, aunque, como hemos dicho, sin “compromisos” con *Crítica*, escritores cada uno en lo suyo. De los colombianos, los más publicados —algunos, colaboradores— fueron León de Greiff, quien tenía su columna y también publicó poemas; Alvaro Mutis, quien publicó unas primeras versiones de poemas, como *Angela Gambitzi* y *Los elementos del desastre* bajo otro título; Carlos Castro Saavedra, otro poeta joven que protestaba contra la violencia en tono idílico y de cándida afirmación de la libertad personal; el propio Jorge Zalamea, con traducciones, cuentos y ensayos; Eduardo Zalamea, de quien se ensalzaba ya una de las más grandes novelas

Núm. 64, julio 5 de 1951.



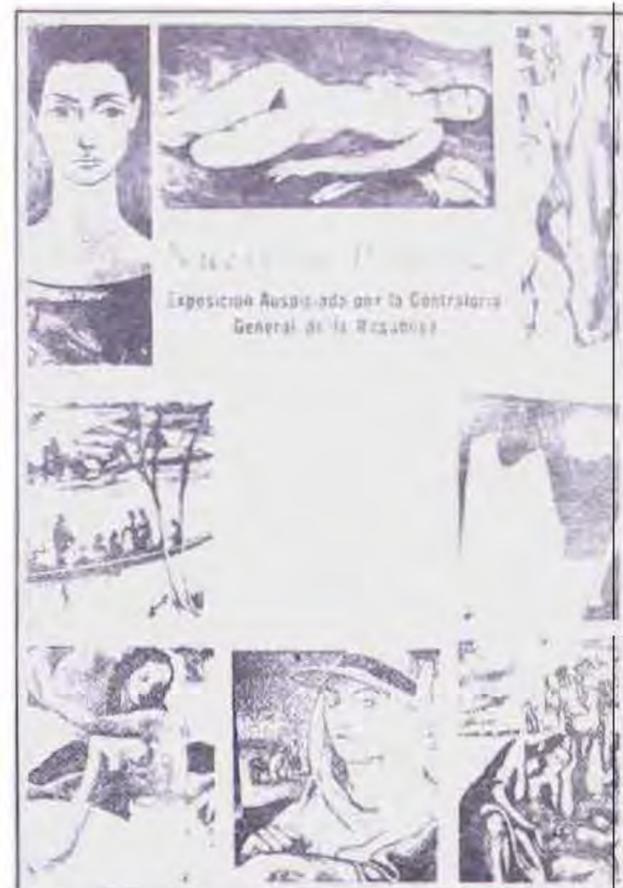
<sup>10</sup> *Crítica*, 19 de septiembre de 1950.



León de Greiff aparece en esta propaganda que publicaba *Crítica*.



Un cuento de Gabriel García Márquez especial para *Crítica*, núm. 54, enero 18 de 1951.



Núm. 31, febrero 10. de 1950.

escritas en Colombia, *Cuatro años a bordo de mí mismo*; Hernando Téllez, con sus agudos artículos; Jaime Tello, poeta infortunado y traductor; Fernando Arbeláez, joven poeta, el segundo nombre importante de la juventud lírica de la época, al lado de Castro Saavedra (un poeta como Mutis tenía que poseer menor eco en aquel ambiente); Luis Vidales, el nunca olvidado compadre de Los Nuevos; Gerardo Valencia, piedracielista fugado por un momento (aunque *Crítica* nunca representó la tentación de un movimiento); Ciro Mendía, Marta Traba, García Márquez, Juan Lozano y Lozano y hasta algún artículo del precoz Gonzalo Arango; todos ellos, insisto, sin ningún compromiso con el quincenario.

En una antología de *Crítica* incluiríamos excelentes escritos que hoy son prestigio de bibliotecas selectas: *La hora veinticinco*, de Gheorghiu; *La tumba de Palinuro*, de Cyril Connolly; *El laberinto de la soledad*, de Octavio Paz; *La piel* (aquella vez excelentemente traducido como *El pellejo*), de Curzio Malaparte, o *Crónica de los pobres amantes*, de Vasco Pratolini. Publicaciones que hablan de la verdadera crítica de *Crítica*. Si el quincenario no hubiese tenido otro propósito que el de mostrar, con todas sus implicaciones sociales y políticas, sus juicios humanos en el campo de la cultura, no dudáramos en colocarlo entre las revistas literarias que forjan una tradición para los que estamos llamados a hacer uso de ella.